

CARTAS DE RENUNCIA

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA



COLECCIÓN CONTESTACIONES



CARTAS DE RENUNCIA

**CARTAS DE
RENUNCIA**
ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA



*La poesía de la ruina es la poesía de lo que sobrevivió parcialmente a la
destrucción, mientras permanece inmerso en la ausencia.*

JEAN STAROBINSKI

*Cuando la familia está hecha viene la dispersión;
cuando la casa está construida, llega la muerte.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

*Escribir poesía es un espacio angosto
entre el decir algo y no decirlo.*

ADAM ZAGAJEWSKI

■ HOGAR

Vivo en esta ciudad, en este país despoblado,
avergonzado por sus propios fantasmas,
confinado a cuatro paredes hurañas.

Vivo en cuartos vacíos.
En habitaciones que a ratos se encogen
expulsando todo aquello
que hasta ayer me acompañaba.

Vivo en su centro como viven los moluscos,
babosos e invertebrados, cordializando
con la concha que los protege.

Doy rondas, tanteo su superficie,
hago trampas: intento horadarla
guardando la esperanza de encontrar
respiraderos al otro lado.

Pero soy de acá, este es mi hogar
y aunque me vaya, aunque me escape lejos,
este encierro siempre será mío.

Vivo como el cangrejo ermitaño,
como un decápodo errante,
refugiado en conchas vacías,
atrapado, impenitente, esperando
la bondad de alguna ola que me arrastre
o termine de ocultarme en la arena.

■ EL EMIGRANTE

No es una línea,
un trazo hallado en el suelo.

Es una frontera que cruzas dentro de ti
y que al voltear
has convertido en muralla.

■ EL VIAJE

a Alexis Romero

Cuando se inicia el viaje,
cuando verdaderamente comienza,
ya no se tiene memoria de la partida.

Ya no se sabe,
siquiera,
cuál era el destino previsto:
la posible travesía.

Pues todo viaje es también,
secretamente,
un pacto con el olvido.

Una forma de levar anclas,
de alejarse de las súplicas de los náufragos,
de aquellos lentos ahogados
que estuvieron en uno
y ahora yacen
en el fondo
lodoso
de nosotros mismos.

Vegno del loco ove tornar disio.

DANTE ALIGHIERI

Vengo de un lugar que ya no existe.

Mi abuela acostumbraba contarnos
que a poco de llegar a esos parajes,
al bajar la neblina de la tarde,
adormecida la luz insumisa,
se afantasmaba la mirada.

No sé si también mis hermanos
guarden esos recuerdos en las retinas.
Se me hace tan escabroso preguntarles
pues la vista no me alcanza para verlos
y lo poco que me dicen
en realidad me lo invento.

Sé que ese lugar no estuvo lejos,
es decir, existió antes de mis ensoñaciones.
Sin embargo, ¿cómo asentarlo?
¿Quién podría creerme a esta hora
si desapareció de los mapas sin darnos cuenta,
una noche, una noche muy larga
que nos tuvo a todos adormilados?

Yo sé que habité ese lugar,
lo juro, pues de allí vengo,
desde allá traje conmigo este cuaderno.

Yo sé que mi abuela existió
y me lo dijo, lo atestiguo en lo escrito,
ya tarde entre la bruma.

a Luis Cortes

Hijo, me dijeron que volverías.

Desde tu partida se ha marchitado
el viento, las mareas lucen distraídas.
Algunos, a esto lo llaman «calma»,
aunque yo, la verdad, no me hallo.

Dijiste: «En poco vuelvo, mamá,
voy tan solo por ciertos asuntos»
y nada más.

Mientras te espero
me he ido rodeando de cardonales.

Cuando les converso frente al sol
agonizante, se asombran y enmudecen;
pero igual, yo les hablo.

Sé que algo les queda,
un secreto que a su turno confesarán.

Hijo, ya las palmeras se mueven poco,
la brisa se ha ido acallando.

Por favor, no tardes.

¿QUÉ HACER CON LA CASA DESTRUIDA, EN EL MISMO SITIO DONDE ANTES ESTABA LA CASA? ¿QUÉ HACER CON EL RECUERDO DE LA CASA? ¿CON EL RECUERDO DESTRUIDO DE LA CASA? ¿OTRA CASA?

10

■ LOS OFICIOS DE LA CASA

Su madre muerta
ayer apareció a su lado.

Finalmente, todo había sido un malentendido.

La desenterraron antes de que despertara
y continuaron en silencio
los oficios de la casa.

Su madre había muerto un día
en que amaneció cansada.

Los hijos la acompañaron
para decirle adiós,
la guardaron en un féretro
y la cubrieron de flores.

Agradecida, al principio enmudeció
pero ha vuelto
y lo ha dejado claro:
ya no aguanta esa soledad tan pesada.

Sin necesidad de hablarlo
siempre supieron que volvería.

Tanta tierra apilada encima
aquejumbra los huesos.

Ahora duerme mientras se repone.

Desde el fondo vino para decirles
que no dejaran de quererla,
para recordarles que estar sola,
allá abajo, le hace daño.

Ellos en silencio la escuchan
y atienden los oficios de la casa.

■ LA VALIJA

Si has de hablar de una valija extraviada
es porque sabes que en ella
también ibas tú.

Ahora, extranjero, desesperas buscándola
entre la multitud,
indefenso.

¿Cómo suturar tantos puntos de fuga?

Estaba dicho que solo así aprenderías
a rogar por la bondad de los milagros.

Sin embargo, forastero, todo ha sido inútil.

Los reclamos infructuosos
nada dicen a nadie
como poemas ahogados
en tiempos de míticos naufragios.

A tu hora, en tierra ajena, cavilas lejos,
rememoras tus cuadernos mal escritos,
atestados en el interior de tu valija:
borradores de promesas reveladas y burladas.

Pero temes, sobre todo, por sus páginas en blanco.

Ellas, en su silencio ya perdido,
son las verdaderas señales de tu rendición,
las cartas de renuncia al único país que te quedaba.

*¡Oh, qué harto estoy de mi
cobarde, vieja, tan salvaje tierra,
y cómo me gustaría alejarme,
hacia el norte,
donde dicen que la gente es limpia
y noble, culta, rica, libre,
despierta y feliz!*

SALVADOR ESPRIU

Vivo entre ruinas
como el moho reciente, luego de la destrucción.

Me veo en los bordes de los trozos
que quedan
de los espejos
y a veces, sin disponerlo,
me laceran sus filos cortantes.

No tengo mayores disciplinas
sino aquellas que he aprendido de las esporas
llevadas por el viento;
ese que en las noches se inmiscuye en callejones
que antes eran luminosos bulevares.

Nunca me he ido de allí,
ahí vivo.

Y aunque camine por otras calles,
por avenidas pavimentadas en distantes idiomas,
siempre desembocaré en estas ruinas,
son mías,
me pertenecen.

Por eso si al abrir la puerta
que daba a nuestra casa
no me encuentras,
tampoco notarás mi ausencia.
Siempre estaré allí,
como el moho, acechante,
en el chirriar de sus bisagras.

a Charles Simic

Mientras él leía a Shelley,
el otro lo leía a él.
No en un café mugriento
de algún callejón de Manhattan,
ni en un restaurant de rojas cortinas
y hábitos chinos, en cuyo brillo
se asentara la escapadiza
grasa de las cocinas.

Mientras Shelley le hablaba,
le murmuraba –entrelíneas– historias
de multitudes contagiadas por la peste
y reyes enloquecidos, ciegos y moribundos,
el otro lo leía a él;
pero no en algún bar de la calle MacDougal
o en algún recoveco de la Cuarta Avenida.
Lo leía desde muy lejos,
desde antes de nacer;
ni en inglés ni en eslavo,
simplemente lo leía
en el único idioma que compartían,
aquel que desde siempre han hablado las rocas.

Desde allí lo leía
y escuchaba también entre susurros.
Le oía decir que la luz de la luna no era de piedra,
pero que se escondía en ellas
para inventar en su interior amaneceres
cruzados por cantos de pájaros
que habitaban allí
mientras aprendían a volar.

Sí, él leía a Shelley,
pero el otro lo leía a él
sin importar si las hojas muertas
eran barridas por fantasmas.

Lo leía escondido tras las pétreas murallas
que custodian la tumba de un emperador niño.

■ LA LENGUA DE LOS PÁJAROS

... así como los nacidos en día domingo conocen la lengua de los pájaros.

WALTER BENJAMIN

Cuando extendió las manos,
sus palmas eran arenales.
No había en ellas ningún oasis,
ningún vestigio de humedad
donde los pájaros pudieran abreviar
en busca de una ruta que los alejara.

Nacido a destiempo
(un sábado al final del amanecer)
fue poco lo que alcanzó de sus cantos.

Ellos en bandadas lo olvidaban,
lo dejaban atrás como un punto incierto,
un tachón por borrar del horizonte.

Así vivió, limosneando mendrugos
de aquella lengua, mientras los pájaros,
cruzando al vuelo sobre él, poblaban
de efímeras sombras el desierto.

Desprevenido, acorralado
por el colesterol,
ese hombre daba vueltas
y vueltas en la cuadra donde vivía
rodeado de árboles, desde los cuales
los pájaros lo veían pasar.

A diario, en su perenne travesía,
se encontraba con su amigo chino.

15

Se saludaban, como siempre,
fraternalmente. Ambos sonreían,
gesticulaban con la mano izquierda
y seguían sus pasos.

A lo largo de sus vidas
nunca cruzaron palabras.

Extranjeros, ejercían su oficio silenciosamente.

Se decían, sin decir, «adiós»
hasta la próxima ronda
donde el mañana los aguardaba.

Mientras caminaban, el amigo chino
meditaba, borroneaba ideas en blanco
sobre papel de arroz traído de muy lejos,
desde bosques irrigados por el Yangtsé.

El hombre distraído, como siempre,
transitaba en dirección contraria,
pisaba el suelo con torpe caligrafía
e imaginaba al otro inventando ideogramas
invisibles, resolviendo misterios
en escasas pinceladas.

Los pájaros al verlo dando vueltas,
perdido –como siempre– lo saludaban
y le cantaban como a su amigo chino.

Él los oía y seguía en lo suyo
pensando en los enigmas de esa lengua.
En su dificultad para desenredar el ovillo
de los sonidos que escuchaba:
los cinco melódicos tonos del pinyin.

Every day, every night of our lives, we're leaving little bits of ourselves, flakes of this and that, behind. Where do they go, these bits and pieces of ourselves?

RAYMOND CARVER

Es fácil consolidar la vista
en la punta de un lápiz,
pretender el mundo en ella.

16 La mirada se despliega, persigue
los pasos de un destino ajeno.

El hombre barre el polvo
que se ha ido acumulando durante meses.

No es invierno aún, pero no importa
—hay vidas donde siempre las pisadas dejan huellas en la nieve,
aunque no haya nieve—.

Barre los despojos de los días
—de lo que ha sido su cuerpo—.
Arrincona en las esquinas los malos pensamientos.

Enciende la televisión:

«Es cierto, no nos conocemos.
Te he visto poco, tan solo de reojo en los espejos.
No sé qué decirte.

He hecho muchas cosas. Comer, beber, dormir.
Inevitablemente he dormido.
Quizás es lo único que he hecho».

La apaga.

Barre sin pericia, pero barre,
junta pelusas, recuerdos, cabellos.

El hombre, sin saberlo, avanza.

Camina sobre un campo minado,
sobre los restos de su propio cuerpo.

Todo es tan incierto. Te ves, te tocas, te hueles:
por un momento piensas que vives en él.

—No seas tonto, no seas tonto—te insisten.

Una calle me basta, un paisaje acotado por dos esquinas.

Vivo en un piso impar,
cuando me asomo
por mi única ventana
me observo en los demás
y me digo:

«Somos una cosa que anda y piensa
y se dice
y desdice
y te dice
y nos dice.
Que habla y enmudece.
Que se repite y miente.
Una cosa tartamuda.
Colesterol malo,
genoma,
aura,
venáticos humores.
Una tontería quizás,
sin suma,
sin fin».

Enciendo la radio.

Dicen que la guerra es buena:
es cuestión de reconsiderar la higiene.

La gente muere por la patria,
por la honra que jamás claudica.

Se exoneran las deudas.

En mi país mueren también,
cada treinta minutos lo hacen de frente o de espalda.
No importa. Siempre una bala los atraviesa.

Apago la radio.

Anoche pensé que iba a morir,
pero pensé, sobre todo,
que antes de que lo supieras
se enterarían las ardillas.

He mudado la mesa hasta la ventana,
desde allí la sombra de los árboles
se emparenta con la de mi lápiz.

Hay una sombra común a la madera.

Ahora puedo emprender
la tarea de escribir de día sobre las sombras.

Si la vecina supiera todo esto
dejaría de saludarme.

Nunca es confiable la gente que se refugia
en la oscuridad a pleno sol.

Es sabido que el polvo se acumula por la desidia:
la dejadez de una inerte existencia.
Sin adecuados regímenes sanitarios
toda civilización peligra, se hace polvo, desaparece.

18

Abro la bandeja de mi correo electrónico.
Las noticias hablan del clima en otros países,
de los glaciares descongelados y la tibieza de los cadáveres que yacían en ellos,
del recalentamiento mundial, y los vientos de guerra,
de la hambruna africana y las adopciones hollywoodenses,
de un venadito perdido en los suburbios de Pennsylvania,
del fanático que atrapó un jonrón en el estadio,
de los miles de muertos del último tsunami,
de la vuelta al siglo XIX en mi país.

Al barrer, las ventanas deben permanecer cerradas,
se debe evitar la agresión de aires intrusos.
Como no se trata de separar
distintos géneros de despojos,
se pueden acumular en un solo montón
pelos, pestañas caídas y gotas de sudor
junto a los vestigios de otros cuerpos
que también hacen su vida en este vecindario.

De este modo, si a ver vamos,
un montoncito reunido así
se parece mucho a una pequeña junta de condominio
donde se agrupan para compartir reclamos
las cotidianas víctimas de nuestra comunidad.

La escritura no es caso aparte,
en ella también la punta del lápiz se pulveriza,
se convierte en trazo sobre la página,
apenas el efímero testimonio de una vaga intimidad.

Convertida en huella precaria,
sigue los pasos de un hombre
sobre la nieve, aunque no haya nieve,
esa que en enero,
de nuevo,
cubrirá extensos
y anónimos cementerios.

ENTRE EL ANOCHECER Y LA SIGUIENTE MAÑANA, A VECES, ESTÁ LA ETERNIDAD

■ EL MURO

19

a Miguel Gomes

Será un sueño largo, eso es todo.
Eso será todo.

El muro donde te apostabas en la infancia
ya no estará, se habrá mudado al patio
de la casa vecina.

Las primeras mentiras,
esas que un día tembloroso confesaste,
ya no suplicarán alivio
pero nuevamente las escucharás
dichas por otros, cuando te encuentres
con sus ecos debajo de los puentes.

Tus hijos volverán a nacer
como hijos de tus enemigos
y las amantes que a lo largo del camino
se despidieron de ti, con promesas susurrantes,
serán las llamadas a bendecirlos una vez más.

Dormirás profundo,
no habrá nadie que entorpezca tu sueño.

Los álbumes de familia serán
los libros escolares de los nietos que no tuviste
y lo poco que hayas escrito esperará su turno,
sin rencores, junto a la carroña,
en el fondo de algún despenadero.

No sé si los pájaros te acompañarán.
Tal vez hayan enmudecido para entonces
o sean ellos los que sueñen con ser piedras.

Las mismas piedras silenciosas
del muro arrebatado de tu infancia
donde un niño cautivo se ha trepado
a solas para soñar este sueño.

Este sueño profundo
del que nadie te va a despertar.

a Luis Miguel Isava

Entré en tu sueño mientras dormías.

La casa crujía desvencijada,
bajo el peso de una mosca.

Lo hice con sigilo.

Un columpio abandonado chirriaba
sin ánimo de detenerse.

Parecía conocer la eternidad.

No había relojes,
ni testigos.

No sé si para entonces
ya habías nacido
u otra calma en ti persistía.

Apuntalé, en varias rondas,
uno a uno los pilares de tu casa.

No ahuyenté musarañas
pero tampoco borré sus huellas.

Fue una visita entrañable.

Aún confío en que no me viste.

Así como entré,
me fui.

No sé, tal vez vuelva,
debo preguntar si ya me he ido.

La fiesta se apagó temprano.
Fui por hielo y al volver
todos habían desaparecido.

Los vasos a medio tomar
apenas estaban fríos.

La música sonaba distante.

Nunca supe dónde,
pero sonaba.
La podía escuchar
junto a las voces de mis amigos.

¿Pedro, qué te hiciste?

Un cartel al fondo
prohibía las despedidas.

El hielo se hizo agua
y nadie llegó.

Yo sabía que estaban escondidos.

¿Eduardo, dónde te has metido?

De niños correteábamos sin que nos vieran
y, por ser tímidos, en las fiestas
nos resguardábamos del bullicio.

¿Qué hubo cambiado
desde entonces?

Ya saldrán,
no me afanaré en buscarlos,
ni debajo de las camas,
ni en los húmedos rincones
donde jugábamos con las hormigas.

Federico, de ti no he sabido.

Ya volverán.

La música sigue a lo lejos,
allá, allá va, callada, casi, pero aún suena.

Tal vez, escuchándola,
se perdieron o quedaron dormidos.

Pronto vendrán.

Entretanto, no hurgaré,
no descubriré sus escondites.

Los dejaré tranquilos.

Nadie dirá adiós.

Ya vengo, volveré con más hielo,
prepararé sus bebidas.

22

■ Y SE FUERON, FINALMENTE

Dios mismo es el autor de ciertas blasfemias.

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

Cuentan que en aquellos tiempos
aún las palabras eran las hilanderas
que hilvanaban el fervor
en las pupilas de los creyentes.

Los Dioses no habían partido todavía.
Y en el túmulo de los días se respiraba
en el aire
el temor y la dicha.

Cuentan que la inocencia no llevaba disfraces,
pues no era aún esa vieja mendaz y codiciosa
en busca de preciados incautos.

Existía la fe
sin el trepidar de las hogueras.

Todo parecía bien hecho,
hasta que llegaron alados traidores
y con el brío de sus trompetas
anunciaron el lúcido ateísmo del porvenir.

Ahora, gracias a Dios
—quien nos ha dado el goce de ignorarlo—,
sabemos toda la verdad.

Los nuevos profetas la predicán:
vivir es celebrar un accidente
y morir, una deuda con el tiempo
sufragada en cómodas cuotas;
una inversión infortunada, sin dividendos
ni metafísicas que nos aseguren la eternidad.

■ CUANDO LLEGUES

23

Al
llegar
a la playa
del tiempo
descubrirás
en el centro
de la página
un manantial
del que brotan
y resucitan los días
en incierta sucesión.

A
esa
hora
recordarás
y anotarás
todo lo olvidado
para borrarlo de nuevo.

La
espuma
de las olas
será tu confidente,
reposando sobre la arena
la alisará hasta ocultar tus huellas.

Solo
entonces
te adentrarás en el mar.

ALGUNOS SE ANIMARON A ENTERRARSE, DECIDIERON NO CRUZAR OTRAS FRONTERAS

24

■ REGLAS CLARAS

En la esquina superior derecha de este mapa se indica el fin del juego: «Aquí concluye todo» (señala una leyenda en letras góticas, escrita por avezados cartógrafos).

Con la venia o no del resto de los jugadores, el azar dispondrá la llegada oportuna de cada uno a aquella esquina.

Lanzar los dados de nuevo no estará permitido. Ya no quedarán fórmulas de escape más allá de las trochas subterráneas, clandestinas o imaginarias que geógrafos y arqueólogos han sabido trazar.

La prédica común es simple: el que gana pierde.

Ya no habrá turnos para futuras apuestas.

Sobre ello no hay discusión, pues por suerte el juego que se juega sobre este mapa ha contado desde siempre con reglas claras.

■ MAL TIEMPO

Todo el día la lluvia estuvo golpeando los ventanales,
las pupilas agigantadas por la oscuridad
no alcanzaban a ver el otro lado.

Repentinas y briosas cataratas
enturbiaban la mirada,
hacían mofa de los cristalinos.

25

Harto, hastiado del lúgubre paisaje,
respiré bendecido bajo la ducha
la cálida humedad del encierro,
paladeé con la vista una danza
de nubes algodonando la luz.

Hice de mi cuerpo un enjambre de deltas.

Al golpeteo de afuera opuse otra cadencia,
me arriesgué en la caricia unánime,
un pacto silencioso con el agua:
su cuerpo en mi piel.

Sobre esos ríos que me surcaban navegué
hasta arremolinarme en el desagadero.

Me supe en Varanasi. Cada gota sobre mí
resbaló entre un tumulto de peregrinos.
Poco a poco aprendí a inmiscuirme
en las aguas del Ganges.

Afuera, sin remedio, seguía lloviendo,
arenales acuosos se desprendían del cielo,
repicaban estridentes.

De pronto, un trueno avasallante,
un retumbar de cristales:
la oscuridad plena.

Tras el apagón, el frío.

La lluvia de la ducha sobre mí
y otra vez mis ojos amordazados.

Desde entonces me pregunto: ¿será esto la muerte
o solo una imagen ciega que busca en mí a un lazarillo?,
¿un mensaje del tiempo,
del mal tiempo?

Los pronósticos anuncian que no muy lejos escampará.

■ EL ÚLTIMO DÍA

*Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta;
el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan,
y, con todo eso, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir.*

MIGUEL DE CERVANTES

El último día
será un día como cualquier otro,
habrás amanecido preocupado
con las mismas preguntas que te harías mañana
pero dispuesto, como es tu costumbre,
a mantenerte al frente.

No sabrás para aquel momento
quién asistirá a tu velorio
al día siguiente. Ni, tampoco,
si estas líneas serán leídas
en esa u otra ocasión.

Por eso, seguramente, se te dificultará
dar las gracias o decir adiós.

Al escribirlas lo harás
con la cautela del meteorólogo
siempre incrédulo
hasta de los pronósticos del tiempo.

Las escribirás un poco a ciegas
con el oído puesto en la esperanza
pero con los pies bien plantados en la tierra.

Sí, lo harás un día como otro cualquiera
resguardado en el deseo de vivir,
como tal vez mañana.

■ EPITAFIOS

*Every phrase and every sentence is an end and a beginning,
Every poem an epitaph.*

T.S. ELIOT

¿Por qué quedarnos en la superficie?

Acompañemos a los platelmintos.

¿Por qué convenir sin sumas
que todo poema es un epitafio;
si un epitafio es la coronación
de una lápida
y esta, el último semblante
de una historia
de carnes y huesos,
sembrada en una tierra dura,
sobre la que mientras se pudo
se vivió con firmeza?

27

Convengamos, por tanto,
en que asimismo un poema
es materia ósea,
musculatura,
nervios,
ideas sin lugar
y quejidos,
pasiones,
dolores antiguos,
tiempo repartido
entre arterias y venas.

Convengamos, sin demora,
en que, además de un epitafio
y su lápida,
un poema
es todo aquello
que habita
debajo de ellos,
sin importar que ahora sea
para regocijo de los gusanos.

LIMPIA EL POLVO, ¿HASTA CUÁNDO TE LO VOY A DECIR? NO QUIERO QUE LAS VISITAS SE SIENTAN INCÓMODAS

28

■ BAJO UN VIEJO SAMÁN (O LA HISTORIA DE MI PAÍS)

Debajo de un samán
cuyas hojas desde largo atrás
habían estado ausentes,
se reunieron las hienas
insatisfechas por el curso
que los tiempos habían tomado.

A falta de sombra,
decidieron perpetrar túneles
socavando la nobleza de las raíces
del heroico árbol.

Allí a oscuras, bajo tierra,
conjuraron sus proclamas,
rememoraron la gloria de los centauros
—en tiempos desprovistos de centauros—
y decretaron el futuro:
en sus palabras hicieron cierta
la felicidad de todas las especies.

Hablaron de un mundo de fraterna animalidad.

Ahora los topos, que alguna vez confiaron en sus prédicas,
ciegos por herencia y por costumbre,
buscan con angustia alguna salida
hacia el oxígeno.

Mientras tanto, sus hermanas, las hienas, ríen afuera
con sus colmillos afilados
y la panza hinchida,
mirando al sol.

Ríen y ríen
y riendo culpan a los lobos
de las desventuras de las ovejas,
y de los que siguen abajo.

Los culpan a ellos
y a la poca frondosidad de los viejos samanes.

Es raro que no pensemos igual.

¡Siempre he sido tan magnánimo!

Todo en mí se da
por ese manto inabarcable
con el que cobijo la lealtad.

Soy, y todos lo saben, la paz.

Sin mí, el caos sería la única verdad.

Por eso te decía,
hermano:
«Es raro».

Es raro que no veas todo con claridad.

Lo he instruido en Twitter, Facebook, Instagram.
En todos los medios que libremente gozan
de mi benevolencia, de mi compasión.

Lo he decretado en afiches gigantes,
en pasquines clavados en los retretes de este país.

Lo he explicado a gritos y en risueños juegos de mano,
digo, en lenguaje de señas –para hacerme entender.

Mi voz es el milagro de los que nunca la tuvieron.
Con gracia me han otorgado la suya
y ahora yo, con regocijo, se las obsequio.

Por eso te insisto,
compañero.

No entiendo, es raro.

Yo sanaré tus heridas para que no sufras
y te daré el amor,
muy lentamente.

Soy el incomparable,
este será mi último nacimiento.

Ven a mí,
somos uno,
te amo.

■ REALISMO SOCIALISTA

Los poetas piensan en la muerte
cuando ven fogatas encendidas a lo lejos
y presienten el arribo de tormentas.

Pero yo veo tantos niños en los basurales,
esculcando entre ladridos agónicos,
entre perros famélicos,
tanta carne agusanada.

30

Piensan en aquellos pasadizos nocturnos
que los han de llevar hasta las prometidas arcadias.

Pero yo veo tantas moscas a pleno sol,
tanto hueso roído, tanto pellejo escarbado,
exhausto, putrefacto,
tantas vísceras sin duelo.

Piensan, sobre todo, en la inmortalidad de sus versos
y en la póstuma fama que por siempre los preservará.

Pero yo, que a penas veo,
me escondo y escribo en la noche
mientras anticipo truenos a la distancia
y escucho llamas titilantes, titilantes, indecisas.

■ EL ÚNICO ENCUENTRO

en memoria de todos ellos

Una bala ensangrentada
contra el asfalto.

Pudo haber sido mi hijo
el hijo asesinado.
Esa bala, su bala,
la bala asesina
que perfora
el pecho,
silbante,
que atraviesa
a quemarropa
y parte en dos
lo que pudo ser
pero no...

Rastrero testimonio
del único encuentro
de ese hijo
nuestro
y su asesino.

Una bala ensangrentada
contra el asfalto.

NUNCA TE HABLÉ DE MIS MALAS COSTUMBRES. ENTRE ELLAS, LA DE NO HABLARTE DE ELLAS

■ BORRADOR EN TRES ACTOS

31

PRIMERA VERSIÓN

Mi muy ~~estimada,~~
~~querida,~~
detestada:

Comienzo por el final
para evitarle toda dilación:
«Se hizo lo que se pudo».

Si es cuestión
de retomar lo dicho
hasta volver a los preámbulos
de esta historia,
le ruego me dispense
en esta atenta ocasión.

Hay días en que los clavos
empeñados en sostener lo que fue
lucen más oxidados
que los clavados
en las manos de Cristo.

Adiós.

SEGUNDA VERSIÓN

Mi muy ~~querida,~~
~~detestada,~~
estimada:

Han pasado los días
y ahora le escribo
desde el sosiego.
Pienso en su bienestar
e invoco la prudencia,
el freno del deseo.

Privilegiemos el olvido.

...

Aprendamos a barrer lo que queda,
las migajas minuciosas,
los vestigios de nuestra piel
que ardieron en sábanas
y hoy yacen encarnados en polvo.
Dejemos todo a buen resguardo,
macerado debajo de las alfombras.

Cuente con mi amistad.

TERCERA VERSIÓN

Mi muy ~~detestada~~,
estimada,
querida:

He sabido de su vida.
Me dicen
que la han visto
ni muy sola
ni muy triste.
Creo que no me mienten.
Trato de entibiar
la locura
que alguna vez me anidó.

Y concluyo
diciendo aquello
que se negaba en mí.

Siempre suyo,
sin usted.

■ POEMA

¿Cómo podría escribirlo?

Tal vez, habría que dejarlo solo.

33

Sin molestarlo y sin testigos,
sin obligarlo a contestar.

Que su franqueza no estuviera en las palabras.

Que los cuerpos en secreta cofradía
ocuparan el centro de la página.

Que lo habitara una escondida sonoridad,
una indócil atadura al deseo.

¿Cómo podría escribirlo?

¿Cómo podría la desnudez sin ti?

■ SUBTERFUGIOS DEL ENGAÑO

Antes de saberlo,
así, como si nada
y a la vuelta de los años
aquel sujeto consolidó
una costumbre, un hábito fallido:
calzar sus pasos en los de ella,
la que ya no estuvo más.

Ahora,
solo,
con sus pies desnudos
y encallecidos
—sus únicos pies—
qué ardua se le ofrece la ausencia,
qué difícil hallar acomodo
en otra piel.

■ ADIÓS

Cuando dices «adiós» no escucho una palabra,
veo un muñón macerado
largamente,
hasta humillar
en cartílagos los huesos.

34

Siento un dolor escondido
y perdido en el aire
como el de un brazo o una pierna
que de pronto ya no está,
pero insiste en su cosquilleo.

No, no escucho una palabra
ni me hallo en un lugar gentil,
dispuesto para aliviar tronchaduras.

Me arrastro hacia el descampado.

Cuando dices «adiós»,
una abrupta amargura toma mi garganta
y me impide gritar
mientras me veo en las pupilas de los ahogados.

Entonces, solo entonces,
como si un pelotón acorazado
hubiese aplacado la insurrección de mis sentidos,
me entrego a la derrota y vuelve la calma.

Solo entonces escucho tu amable renuncia.

¡FUERA DE JUEGO!, LES GRITAN A MUCHOS. ¡FUERA DE JUEGO!, SIN HABER JUGADO NUNCA

■ LOS BAMBÚES DEL POEMA

35

a Luis Mora Ballesteros

Alguien me dijo:

«Hay un lugar en un poema
donde el tiempo parece hecho
de una caña noble, de cierto bambú
resistente a los caprichos del viento
que solo muestra su tallo cuando las raíces
ya han calado muy hondo en la tierra,
para encontrarse y anudarse
con las de otros—hasta compartir su savia—
sembrados en bosques de lejanos poemas».

Alguien que también
escuchaba las intrigas de la brisa.

■ ESPEJISMOS

También somos estepas
y las estepas, a veces, demoran
en reconocerse.

Les gusta ufanarse, mostrarse
frondosas al ojo incauto. Al ojo
anonadado entre la confusa exuberancia,
fascinado ante la aparente fertilidad.

A veces, la vista se vuelve
ilusa en las estepas.

No basta y tarda en sospechar.

Pues poco sabe de las trampas
de la aridez y la sequía,
del arte de cultivar espejismos
en los eriales.

A veces, las estepas demoran en reconocerse.

Y en ocasiones se miran y engañan entre sí.

a Rafael Cadenas

Él era de la raza
de esos viejos constructores de lupas,
de una estirpe de miopes entre sombras
empeñados en agrandar el misterio del mundo.

36

Gente ganada por la oscuridad,
asidua al oficio de tratar con imprudencia
vestigios sitiados por telarañas.

Él era uno de aquellos cautivos del linaje
de los artesanos del fuego, cuyas huellas
hoy solo reposan en caligrafías inextricables.

Uno de esos que aún ciego
sospechaba una inminente verdad
encerrada en la transparencia
de algún hechizo convexo.

■ REUNIÓN

Hasta aquí vine como un feto
que busca acomodo
en el útero de su madre.

Vine para encontrarme
con un antiguo amigo,
un compañero de escuela.

Fue un viaje sin mapas
ni previsiones,
un impulso encaminado
hacia el medio de la nada.

Vine a este lugar acompañado de voces
provenientes de un mundo anterior a las ideas.

Sin cautelas vine, vine
para encontrarme con un desconocido
e inseparable amigo,
un compañero de infancia.

Un amigo de aquellos tiempos,
cuando no sabíamos hablar.

Como los egipcios en tiempos de guerra
he recibido falsas noticias
de victorias imaginarias.
He celebrado con anticipación
la derrota de mis contrarios
sin antes haber nunca acordado la mía.

Humillado, he pretendido levantarme
para raptar mi propio cadáver
y descansar junto a él,
escondido bajo los escombros
de alguna fosa común.

De tan arduas faenas
he aprendido a ser displicente con la memoria.

Ahora la encaro en anónimos trajines.

No descreo, sin embargo.
Los días han pasado
y las noches con ellos,
dejándome sucintos recados
en los pliegues de todo.

Tercamente me he hecho al insomnio,
he cambiado de bando y desde allí
aguardo con paciencia las buenas nuevas.

Ahora, sin regodearme en espejos
me adelanto, creo saber dónde se esconde,
en qué trinchera se agazapa
el que fui, ¿el que soy?,
mi verdadero enemigo.

■ EL ENSIMISMADO

Todo, todo lo olvidaba,
olvidaba reconocerse a sí mismo,
cuando distraído salía a su propio encuentro
todas las mañanas.

Olvidaba disculpar a sus zapatos
por las historias mentidas en aquella acera,
caminada a lo largo de la vida
junto a aquel extraño.

Olvidaba preguntarse
por el tiempo,
si de veras tenía cicatrices,
si en su rostro otro rostro
se ocultaba, soberbio, sin heridas.

Olvidaba, olvidaba, además de su nombre,
si un latido extraño, claroscuro,
si alguna especie en rebeldía
estuvo consigo.

Alguien más que él mismo,
alguna callada compañía,
nocturna, evasiva.

Algo vivo a su lado,
algo vivo que nunca sintió.

HABÍA UNA VEZ UN LUGAR DONDE NOS DECÍAN QUE NO LLEGABAN TSUNAMIS

■ CUESTIONARIO

¿Qué es el tiempo, papá?:

Una niña que era mi memoria
y cruza mi vida.

*

¿Papá, mañana va a ser puro sábado?
Sí, hijo, de comienzo a fin.

*

¿Pa, las nubes también tienen calles?
A veces, mi niño, cuando la neblina está muy baja.

*Y en la Tierra de Gracia hallé temperancia suavísima
y las tierras y árboles muy verdes (...) creo que allí es
el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie,
salvo por voluntad divina.*

CRISTÓBAL COLÓN

40

Mis hijos me hablan de sus vidas
desde lejos,
desde abstrusos idiomas.

Yo también desde lejos les escribo,
frente a una catedral
imaginando una verde montaña.

Les escribo desde un lugar donde no existen catedrales,
ni existen montañas
(en el medio de la nada).

Sí, queridos, sí, estoy bien.

Desde allí, desde la nada, les hablo.

¿Y ustedes?

Todos —los de adentro y los de afuera—
nos asomamos por ventanales
conjeturando la lengua y la tierra natal;
aquella que alguna vez
creímos en gracia.

¿Estás bien? ¿Dónde?

Pero a la distancia solo distinguimos torres en ruinas:
guaridas instauradas por los custodios
del hombre nuevo, el de siempre,
el nuevamente renovado.

No te escucho.

Tan solo hablo de una historia repetida.

No te entiendo.

Desprevenidos, como tantos
antes y después, ahora nos sabemos
otro pueblo elegido.

Hablamos luego, más luego.

Destinados a la errancia,
somos también los hijos de Babel.

Adiós.

EPÍLOGO

Parecen tiempos de asombros muertos. Parecen tiempos de lugares abandonados. Parecen tiempos de encierros y aislamientos. Parecen tiempos de cavernas. Parecen tiempos de sombras y terribles desconciertos. Parece que nada es lo que fue. Las casas parece que apenas resguardan. Las calles parecen rutas de alguna cansada multitud. Los parques parecen lugares que ya no somos y parece que alrededor de las mesas no hay personas, sino repeticiones y furias que no logran conversar. Es una apariencia lesionadora, un sumidero de vocablos e imágenes fundamentales. Y aquí, donde todo se percibe hundido, acabado, sin tiempo y hogar; aquí en este falso reino del precipicio, es el espacio del respiradero, del orificio sagrado, del pulmón cuya función es obligarnos, serenamente, a aspirar y respirar, eso que Rafael Cadenas aprendió de los místicos orientales, lo real. Porque ante la tiranía de «lo que parece», la opción es lo real.

Leer poesía es elegir un encuentro con lo real. Es decir, es hacernos testigos del misterio, de *Esto* que siempre permanece con y sin nosotros. Elegimos acatar la invitación, el llamado del destello y la lumbre que nos recuerdan el temor sagrado. ¿Qué es lo que acatamos, lo que juramos y prometemos contemplar y obedecer? Las reglas del asombro, ese decálogo que nos inunda de piedad, ternura y silencio. Así firmamos papeles contra el mal, contra *Eso* que nos vacía de humanidad y nos inunda de destrucciones. De allí que, a veces, leer un poema sea una elección y lección éticas. El poema honra el bien. Y cuando no, se pudre, deviene basura. De aquel y este hay suficientes testimonios.

La comprensión de un poema nos exige inocencia e intuición. La inocencia nos la fundaron en la infancia y la intuición nos la dio la secreta reflexión sobre lo que hemos vivido. Ambas nos alejan de la ingenuidad: un torrente que arrasa con el vuelo vertical del poema, pero nos encarcela en la superficialidad de lo horizontal. Gracias a esos dos delicados atributos podemos encontrarnos con y ver en el poema lo que realmente lo habita. Ver lo que allí respira, lo que *Es*. Ese acontecimiento que nos revela y devela el temor de y a la belleza. Por ello, leer un poema es aprender a ver lo que *Es*. Es un viaje a los países emocionales y memoriales del cuerpo y sus alrededores. Pensando en Seamus Heaney, es «cavar» voluntariamente, amorosamente, en lo que de íntimo queda en nosotros.

Todo lo anterior es un viaje preparatorio para llegar a la poesía de Arturo Gutiérrez Plaza, un poeta cuyos poemas llegaron para llenar de latidos y respiraderos nuestros días. Gracias a su poesía «Diariamente inventamos un rito / que sostenga nuestra casa»; o algunos «Construyen un templo en la mirada»; o nos repetimos como un mantra antiguo «El silencio no conoce la prisa / porque no sabe contar». Y nos marchamos con la realidad de «Una larga tarde / escrita al margen de las hojas / por un niño que espera / la hora de jugar al escondite».

Lo leemos y confirmamos que «Entre nosotros está la vida / esa trama de instantes indispuestos al olvido». Le agradecemos el recordarnos que la tradición es un abrevadero para recibir los días y algunas noches: «Entre tú y yo están las palabras. / Entre nosotros, poema, están la vida, la muerte y el amor». Algo, igual a las piedras, tiembla en nosotros cuando Arturo nos dice: «Aunque no hubiera nada después, / escribiría / ... / Escribiría / no para responder, / no para salvarme».

Escribiría sin esperar nada. Escribir como un acto de Gracia. La huella singular de los genuinos, de los siervos del lenguaje que resguarda lo celestial, repetía René Char. Una facultad que se construye con abandonos, negaciones e incendios íntimos. Basta con el acontecimiento: el poema. Lo demás, quizás lo sepan los dioses: el trino, el rumor del río, la velocidad del avión, la llegada de un tren, la caída de un dictador, el asesinato de una muchacha, la muerte de un niño, una mujer abandonada, una hormiga, la muerte de un

poeta, el exilio, algún capítulo de la *Odisea*, Montejo... Todo esto, que viene a ser parte de lo demás, ese universo ajeno al poema, repito, gracias a la poesía de Gutiérrez Plaza, quizás lo sepan los dioses. Nos debe bastar el poema, su suficiencia, su urgente y necesaria presencia entre nosotros: transitorios, frágiles e insuficientes testigos.

Cartas de renuncia es un acontecimiento del dolor y la pérdida que padecemos todos, debido a la tragedia política, social y cultural que vive Venezuela. Un inventario del exilio, el desarraigo, el encierro y la soledad. Registra nuestros conciertos y desconciertos; nuestras costumbres arcadianas y premodernas; nuestras adicciones por lo mesiánico, nuestro desprecio por las obras de lo civilizado, nuestra fiesta por lo militar y bárbaro. Estos son los dilemas que la realidad les plantea al tono y la forma particulares del poeta, quien incesantemente nos muestra su condición de ciudadano, de hijo de una ciudad y un país que violentamente fue destruido.

43

En *Cartas de renuncia* confirmamos que un hogar se habita desnudo, con la fragilidad y los temores del tiempo; con los asedios de las sombras cuya función es *esencializar* nuestro oficio de persona provisoria. Presenciamos que no eran las hormigas, sino los ruidos de las herramientas del olvido instalado en las murallas, en lo que inicialmente llamamos un viaje temporal mientras todo cambiaba o volvíamos a la normalidad. El poeta ha construido la equilibrada distancia psíquica y emocional indispensable para escuchar lo vibrátil en la ruina y desolación del país. ¿Qué lo impulsa a redactar las *Cartas*? ¿Con qué lo agredió la distancia que antes lo salvaba de renuncias? Pensamos en *La tierra baldía*, de T.S. Eliot. Demasiados datos, demasiada información, demasiado conocimiento; pero un vacío de sabiduría. De allí el temor salomónico a las páginas en blanco de los cuadernos perdidos. Esas páginas que son símbolos y signos de la renuncia a una geografía de los sueños, afectos y sentidos. La voz de una raíz parece decirle al poeta: llámate extranjero, hazte ajeno.

En este poemario se confirman nuestros alrededores. Quien anhele el ritmo de la mentira debe alejarse de este lugar, porque aquí habla un cuerpo, con un lenguaje limpio, desde la realidad que hemos sido y somos. Aquí no hay artificios, convenciones del disimulo y el simulacro; aquí duelen la primera, segunda y tercera personas; aquí no hay recursos literarios para apaciguar la realidad. Hablan la pérdida, el encerrado, el fronterizo, el ajeno, el testigo, el desespero materno, los que sueñan con sus muertos, el temor del extranjero, el guardián de las ruinas, el inventor de amaneceres, quien llegó tarde a la lengua de los pájaros, el hombre que barre los despojos, el muro de la infancia y tu temor, la ausencia de despedidas, las reglas claras del azar.

La ironía nos muestra los pliegues de nuestro desprecio por la convivencia y la civilidad. El dolor da paso a una decantada ironía: el epitafio aspirando el tiempo del poema, la convención de las hienas en un viejo samán, la ternura del tirano, el amor de los poetas socialistas. Un engaño venido de las larvas que dejamos crecer en los jardines y los parques; después zumbidos que entraron y se apoderaron de nuestros quehaceres y nuestras quietudes. Eso, decía Czesław Miłosz, que tocaría las puertas, lo dejaríamos entrar y alteraría para siempre la música y la forma del poema; de su inquieta confianza por la bendición de los dioses. Eso que saldría a la calle a gobernar nuestro diálogo, la muerte y la soledad necesaria de la vida.

Desde sus primeros poemas, hemos celebrado la ternura que los atraviesa. Un poeta distante de lo patético. La celebración de la vida familiar, de los vínculos amicales, de los detalles relegados por otros, de sus maestros vivos o muertos, ha sido un rastro de eternidad en su obra. El tiempo y sus misterios, los hijos y su lugar en el mundo, el cuestionamiento antropológico, el descreimiento inútil, la falsedad del suficiente, los mitos devenidos historia, las taras fundacionales. Aquí son significativas las mentiras que nos han permitido ver luz donde solo hay sombras, abundancia donde solo gobierna la miseria, esplendor

donde solo brilla la ruina definitiva. Y el poema no ha escapado a esta cultura de la superficialidad y el cliché. Atender el paso de estos ríos frente a nosotros ha sido parte de la labor afectiva de muchos poetas. En estas *Cartas* hallamos respuestas contra esos ríos. Una de ellas:

¿Qué es el tiempo, papá?
Una niña que era mi memoria
y cruza mi vida.

Parece que renunciar es hundirnos, incendiar la casa, despreciar la memoria que nos trajo. Pero la gran poesía nos sigue mostrando la pobreza y falsedad de semejante afirmación. Este poemario lo confirma: la memoria es el hogar de la renuncia, lo único que saben los dioses. De allí que sin Gracia, no suceda el poema.

ÍNDICE

CREÍAMOS QUE TAN SOLO ERA UN RUIDO DE HORMIGAS 6

HOGAR 6

EL EMIGRANTE 7

EL VIAJE 7

VENGO DE UN LUGAR 8

RETRATO DE UNA MADRE FRENTE AL MAR 9

¿QUÉ HACER CON LA CASA DESTRUIDA, EN EL MISMO SITIO DONDE ANTES ESTABA LA CASA? ¿QUÉ HACER CON EL RECUERDO DE LA CASA? ¿CON EL RECUERDO DESTRUIDO DE LA CASA? ¿OTRA CASA? 10

LOS OFICIOS DE LA CASA 10

LA VALIJA 11

MIS RUINAS 12

MIENTRAS ÉL LEÍA A SHELLEY 13

LA LENGUA DE LOS PÁJAROS 14

EL AMIGO CHINO 15

LA PUNTA DE UN LÁPIZ 16

ENTRE EL ANOCHECER Y LA SIGUIENTE MAÑANA, A VECES, ESTÁ LA ETERNIDAD 19

EL MURO 19

LA VISITA 20

LA FIESTA 21

Y SE FUERON, FINALMENTE 22

CUANDO LLEGUES 23

ALGUNOS SE ANIMARON A ENTERRARSE, DECIDIERON NO CRUZAR OTRAS FRONTERAS 24

REGLAS CLARAS 24

MAL TIEMPO 25

EL ÚLTIMO DÍA 26

EPITAFIOS 27

LIMPIA EL POLVO, ¿HASTA CUÁNDO TE LO VOY A DECIR?
NO QUIERO QUE LAS VISITAS SE SIENTAN INCÓMODAS 28
BAJO UN VIEJO SAMÁN (O LA HISTORIA DE MI PAÍS) 28
TIERNO DISCURSO DE UN TIRANO FRENTE A SU ESPEJO 29
REALISMO SOCIALISTA 30
EL ÚNICO ENCUENTRO 30

**NUNCA TE HABLÉ DE MIS MALAS COSTUMBRES. ENTRE ELLAS,
LA DE NO HABLARTE DE ELLAS 31**

BORRADOR EN TRES ACTOS 31

PRIMERA VERSIÓN 31

SEGUNDA VERSIÓN 31

TERCERA VERSIÓN 32

POEMA 33

SUBTERFUGIOS DEL ENGAÑO 33

ADIÓS 34

**¡FUERA DE JUEGO!, LES GRITAN A MUCHOS.
¡FUERA DE JUEGO!, SIN HABER JUGADO NUNCA 35**
LOS BAMBÚES DEL POEMA 35
ESPEJISMOS 35
RÉQUIEM PARA UN POETA 36
REUNIÓN 36
EL ENEMIGO 37
EL ENSIMISMADO 38

**HABÍA UNA VEZ UN LUGAR DONDE NOS DECÍAN QUE NO LLEGABAN
TSUNAMIS 39**

CUESTIONARIO 39

TIERRA DE GRACIA 40

EPÍLOGO 41

LA MEMORIA: EL HOGAR DE LA RENUNCIA 42

ALEXIS ROMERO

TÍTULOS DE FUNDACIÓN LA POETECA



COLECCIÓN CONTESTACIONES

Cartas de renuncia

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA



COLECCIÓN MEMORIAL

Los daños colaterales

HARRY ALMELA

Gramática del alucinado

HESNOR RIVERA



COLECCIÓN PRIMERA INTEMPERIE

Galateica

JULIETA ARELLA

Tuétano

ANDREA CRESPO MADRID

El jardín de los desventurados

JOSÉ MANUEL LÓPEZ D'JESÚS

Los futuros naufragos

YÉIBER ROMÁN

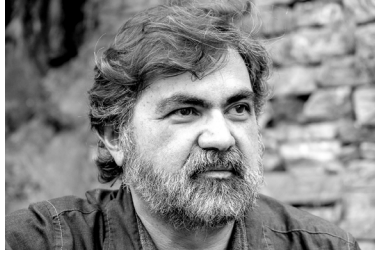


COLECCIÓN SEAMOS REALES

Kerosén

VALENTINA FUENTES

Todos los libros pueden
ser descargados de
forma libre y gratuita
en nuestro portal
<https://lapoeteca.com/>



CARTAS DE RENUNCIA ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

COLECCIÓN CONTESTACIONES

- © De los poemas, Arturo Gutiérrez Plaza
- © De esta edición, Fundación La Poeteca
- © Del epílogo, Alexis Romero
- © De contratapa, Rafael Cadenas
- © Del retrato, Martha Viaña

PRIMERA EDICIÓN: Caracas, 2020

COORDINACIÓN EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

ASISTENCIA EDITORIAL Y CORRECCIÓN

Graciela Yáñez Vicentini

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

ABV Taller de Diseño, Waleska Belisario

DEPÓSITO LEGAL MI2020000019

ISBN 978-980-7886-09-3

TIRAJE 500 ejemplares

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial del contenido de este libro sin la debida autorización de Fundación La Poeteca.

ESTE LIBRO SE LANZÓ
DIGITALMENTE LA ÚLTIMA
SEMANA DE MARZO DE
2020, EN CUARENTENA,
A LA ESPERA DE
IMPRIMIRSE.
SE UTILIZÓ PARA SU
COMPOSICIÓN
TIPOGRÁFICA LAS
FAMILIAS ITC TIEPOLO
PARA LOS TÍTULOS
Y STRAYHORN MT STD
PARA EL CUERPO DE LOS
POEMAS.
TODO ESTO OCURRIÓ
EN CARACAS, VENEZUELA.



FUNDACIÓN LA POETECA

PRESIDENTE

Marlo Ovalles

DIRECTOR

Ricardo Ramírez Requena

CONSEJO ASESOR

Rafael Castillo Zapata,

Alfredo Chacón,

Arturo Gutiérrez Plaza,

Gabriela Kizer,

Santos López

y Yolanda Pantin

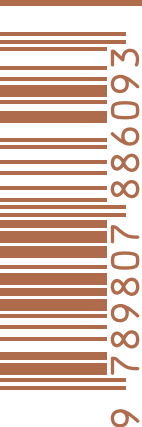
GERENTE EDITORIAL

Jacqueline Goldberg

Una gran poesía del habla me ha parecido siempre la que escribe Arturo Gutiérrez Plaza. Esta impresión la confirma toda su obra y desde luego también este recio libro, *Cartas de renuncia*. A través de su aparente sencillez, palabras que suelen llamarse corrientes tienen realces inesperados que las transfiguran, de suerte que el lector irá sorprendiéndose a pasos, gracias al arte de hacer de este maestro cuya labor tiene ya muy justamente resonancia continental. Sus cuentas, a las que es tan dado, ahora vendrán en cartas, a la manera de antaño, pero que son tan actuales como el vivir, que es lo mayor.

RAFAEL CADENAS

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA [Caracas, 1962]. Poeta, ensayista, profesor e investigador universitario. Ha publicado en Caracas los libros de poesía *Al margen de las hojas* [1991]; *De espaldas al río* [1999]; *Pasado en limpio* [2006] y *Cuidados intensivos* [2014]. Publicó en México *Principios de contabilidad* [2000] y en Madrid *El cangrejo ermitaño. Antología poética* [2020]. Entre sus libros de ensayos, investigación literaria y antologías publicadas en Venezuela, se cuentan *Lecturas desplazadas. Encuentros hispanoamericanos con Cervantes y Góngora* [2009]; *Itinerarios de la ciudad en la poesía venezolana. Una metáfora del cambio* [2010] y *Formas en fuga. Antología poética de Juan Calzadilla* [2011]. *Las palabras necesarias. Muestra antológica de poesía venezolana del siglo XX* apareció en Santiago de Chile en 2010. Profesor titular de la Universidad Simón Bolívar, es magíster en Literatura Latinoamericana y PhD en Lenguas Romances y Literaturas. Ha obtenido, entre otros, el Premio de Poesía de la Bienal Mariano Picón Salas [1995], el Premio Hispanoamericano de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz [1999] y el Premio Anual Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana [2009].



LA POETECA



FUNDACIÓN LA POETECA tiene como fin promover la lectura y escritura de poesía. Cuenta con una sala privada de lectura, abierta al público, con miles de títulos y espacios destinados a talleres, conferencias, lecciones magistrales y recitales de poesía.

🐦 @Poeteca1 📷 @lapoeteca 📖 La Poeteca de Caracas <https://lapoeteca.com>